

hasta el tronco. Pero fué cobarde y quedó inmóvil delante del arbusto, tiritando bajo el abrigo de pieles que tenía en sus manos, y apretándolo estrechamente con profunda expresión de aterrizada vergüenza.

## VII

Tres meses después, en una de esas tristes mañanas de primavera, Aristides Saccard bajaba del coche en la plaza de Chateau d' Eau, y se internaba con otros cuatro señores en el laberinto de derribos que habían de dar paso al bulevar del príncipe Eugenio; eran los individuos que formaban la Comisión de informe enviada por el Jurado de indemnizaciones para apreciar en el sitio mismo ciertos inmuebles, cuyos propietarios no habían podido entenderse amistosamente con el Municipio.

Saccard renovaba el golpe de fortuna de la calle de la Pepiniere. Para que el nombre de su mujer desapareciese completamente, ideó, en primer

término, una venta de los terrenos y del café-cantante, cediendo Sansonneau todo á un supuesto acreedor y consignándose en el contrato de venta la colosal suma de tres millones. Tan exorbitante era aquella suma, que cuando en nombre del supuesto propietario reclamó el agente de expropiaciones el valor del inmueble en venta como indemnización, el Ayuntamiento no quiso conceder más que dos millones y medio, á pesar de los secretos manejos de Michelin y los argumentos de M. Tontin-Laroche y del barón de Gourand. Saccard esperaba aquel resultado y repasó el fallo, dejando que el expediente pasase al Jurado, del cual formaba parte precisamente con M. de Mareuil, merced á una casualidad á la que debió contribuir sin duda. Y así fué como se encontró con el encargo en union de otros cuatro compañeros, de informar de sus propios terrenos.

M. de Mareuil le acompañaba. Entre los otros tres jurados había un médico que fumaba constantemente, sin cuidarse lo más mínimo de los cascotes, por encima de los cuales debía pasar, y dos industriales, uno de los cuales, fabricante de instrumentos de cirujía, había sido en otro tiempo afilador ambulante.

Aquellos señores, con sus embetunadas botas, sus gabanes y sus sombreros de copa alta, formaban un contraste singular en aquel enfangado

paisaje, de un color amarillento sucio; por el que no cruzaban más que pálidos obreros, caballos llenos de lodo y carretas cuya madera desaparecía bajo una costra de polvo. Andaban uno tras del otro, en fila, saltando de piedra en piedra, evitando los charcos, hundiéndose algunas veces hasta los tobillos y jurando al mismo tiempo que sacudían los pies.

Mientras tanto habían llegado á uno de los inmuebles que debían visitar; despacharon su misión en un cuarto de hora y prosiguieron su paseo. Poco á poco fueron perdiendo el horror al lodo, y andaban por entre los charcos convencidos de la imposibilidad de no manchar sus botas. Cuando hubieron pasado la calle de Menilmontant uno de los industriales, el antiguo afilador, pareció inquieto, examinando las ruínas que había á su alrededor, sin reconocer el barrio. Dijo que había vivido allí, hacía ya más de treinta años, y que le gustaría encontrar el sitio. Estudiaba atentamente las puertas y las ventanas de uno de los edificios, y después señalando con el dedo un extremo del derribo en la parte más alta, exclamó:

— ¡Ahí está! ¡La reconozco!

— ¿El qué? — preguntó el médico.

— Mi habitación. Sí, es ella.

La emoción se apoderó del obrero.

— Ahí he pasado cinco años, — murmuró. — La

situación no era muy buena en aquellos tiempos, pero todo me era indiferente, porque era joven... ¡Qué tiempos más hermosos!

La Comisión de informe se detuvo después á examinar dos inmuebles más: el médico se quedaba siempre á la puerta, fumando y examinando el cielo.

Llegaron por fin al término de su carrera. Los antiguos terrenos de la señora Aubertot eran muy extensos; el café-cantante y el jardín ocupaban solamente una mitad, y en el resto había algunas construcciones de poca importancia.

El agente de expropiaciones fué quien recibió á la Comisión, haciéndola pasar por el jardín y visitar el café.

—¡Vaya! Ya está concluído, señores,—dijo Saccard,—y si me lo permitís yo me encargaré de redactar el informe.

Marcharon todos y encontraron después un coche en la calle de Charonne, subiendo á él, satisfechos como si hubiesen pasado un día de campo.

Saccard redactó el informe y el Jurado concedió los tres millones. El especulador estaba con el agua al cuello y no hubiera podido esperar un mes más; aquel dinero le salvaba de la ruína y hasta quizás también de los tribunales. Dió quinientos mil francos á su tapicero, del millón que le debía, tapó algunos otros agujeros y ensordeció

á París con el ruido de aquellos escudos verdaderos que arrojaba á paletadas sobre los estantes de su caja de hierro.

Tan perfectamente había manejado Sansonneau el negocio de Charonne, que Saccard, después de una ligera vacilación, llevó su honradez hasta el extremo de darle el diez por ciento y su prima de treinta mil francos. El agente de expropiaciones puso entonces una casa de banca, y cuando su cómplice, con acento avinagrado, le acusaba de ser más rico que él, le respondía sonriendo:

—¡Qué quiere usted, mi querido maestro! Usted sabe hacer llover monedas de cinco francos, pero no sabe recogerlas.

En medio de aquellos intereses, de aquellas ardientes ansias nunca satisfechas, Renata agonizaba. La tía Isabel había muerto, su hermana se había casado y en el hotel Berand solo quedaba su padre, envuelto en la sombría gravedad de aquellas habitaciones.

Renata envejecía y sus ojos se encerraban en un círculo amoratado, su nariz se hundía. Aquello era el fin de una mujer.

Cuando Máximo se hubo casado con Luisa y los jóvenes partieron para Italia, Renata no sintió inquietud alguna por su amante; pareció que lo había olvidado todo. Y cuando al cabo de seis meses, Máximo volvió solo, después de haber ente-

rrado á «la jorobada» en el cementerio de un pueblecito de Lombardia, le manifestó solamente odio. Recordó á *Phedra*; se acordó sin duda de aquel venenoso amor, y entonces para no volver á encontrar en su casa al joven, para abrir un abismo de vergüenza entre el padre y el hijo, obligó á su marido á conocer el incesto, contándole que el día aquel en que la sorprendió con Máximo, era éste quien la perseguía desde hacía mucho tiempo, deseando violentarla.

A Saccard le extrañó mucho la insistencia de Renata en hacerle abrir los ojos y no tuvo más remedio que enojarse con su hijo y dejar de verle. El joven, viudo y rico con la dote de su mujer, se fué á vivir como un soltero, en un hotelito de la avenida de la Emperatriz. Había hecho dimisión de su cargo en el Consejo de Estado y vivía alegremente. Renata gozó con aquello una de sus mayores satisfacciones. Se vengaba, lanzaba al rostro de aquellos dos hombres la infamia que habían dejado caer sobre ella, y decía que en lo sucesivo ya no les vería burlándose de ella, cojidos del brazo como dos camaradas.

A la única persona á quien conservaba cariño era á Celeste.

Algunas veces, en sus momentos de tristeza, la decía:

—Hija mía, tú serás quien me cierre los ojos,

Celeste no respondía, sonriendo de un modo singular, y una mañana por fin, dijo á su ama que se marchaba, que se iba á su pueblo; Renata, al escuchar sorprendida el deseo de Celeste, demulóse, temblando como si le ocurriese una gran desgracia. Reponiéndose después, la dirigió infinidad de preguntas. ¿Por qué la abandonaba, cuando tan bien se llevaban? La ofreció doble salario, pero la camarera decía que no con la cabeza.

—Señora—respondió por fin.—Aun cuando me ofreciese usted todo el oro del Perú, no me quedaría una semana más. ¡No me conoce usted! Ocho años hace que estoy con usted, ¿verdad? Pues bien, desde el primer día me dije: «Cuando tenga cinco mil francos me vuelvo por allá, compraré la casa de Lagache y viviré feliz...» Es una promesa que me he hecho á mí misma, y como ya tengo los cinco mil francos...

Renata sintió frío en el corazón; veía á Celeste pasar por detrás de ella y de Máximo mientras se abrazaban y lo veía con su indiferencia y perfecto desprendimiento, pensando solamente en sus cinco mil francos. No obstante, intentó hacerla desistir ante el espanto del vacío en que quedaba, y soñando, á pesar de todo, retener aquella bestia testaruda á su lado, á la que había creído llena de abnegación, cuando solo estaba llena de egois-

mo. Celeste sonreía y movía la cabeza, murmurando:

—No, no, eso no es posible... A mi misma madre se lo negaría.

Renata no insistió más y al día siguiente quiso acompañar á Celeste á la estación en su propio coche.

Cuando llegaron estuvieron un rato charlando, y al tocar la campana, cogió precipitadamente los ocho ó diez paquetes de que no había querido separarse, se dejó besar y se marchó sin volver la cabeza.

Renata permaneció en la estación hasta que hubo partido el tren, subió al coche y mandó al cochero que se dirigiese hacia el bosque.

Los recostados jardinillos huían sin cesar; el agua de los lagos se irrisaba bajo los rayos del sol, cada vez más oblicuos y la fila de carruajes prolongaba sus movibles reflejos. La joven, arrastrada y seducida por aquel regocijado espectáculo, tenía vaga conciencia de todos los apetitos que rodaban en medio de la luz; no sentía indignación contra aquellos seres que se nutrían de desperdicios, pero los odiaba por su alegría, por el triunfo de que hacían alarde bajo los ardientes rayos del sol. Mostrábase soberbios y risueños; las mujeres se extendían en sus coches, polvoreadas y provocativas; los hombres lanzaban vivas miradas y

tenían el aire presumido de amantes venturosos. ¡Y ella, en el fondo de su corazón no encontraba más que hastío y sorda envidia! ¿Era ella tal vez mejor que los demás para doblegarse así bajo los placeres, ó quizás los otros podían alabarse de tener naturaleza más fuerte que la suya? Renata lo ignoraba; apetecía nuevos deseos para volver á comenzar su vida, cuando al volver la cabeza, contempló á su lado, un espectáculo que destrozó su corazón con un golpe supremo.

Saccard y Máximo paseaban lentamente, cogidos del brazo. Sin duda el padre había visitado al hijo y los dos juntos bajaban muy entretenidos, charlando.

—Eres un tonto,—repetía Saccard.—Cuando se tiene dinero como tú, no se le deja dormir en el fondo del cajón. En el negocio de que te hablo se puede ganar un ciento por ciento. Es un negocio seguro. Ya sabes que si así no fuera, no querría yo meterte en él.

El joven parecía aburrirse ante aquella insistencia; sonreía con su peculiar aspecto de complacencia y miraba los coches.

—¿Ves aquella mujer pequeñita, allá abajo, vestida de color de violeta?—dijo de pronto.—Es una planchadora que ese animal de Mussy ha lanzado al mundo.

Miraron ambos á la mujer vestida de color de

violeta, y sacando después Saccard un cigarro del bolsillo, se dirigió á Máximo que fumaba tranquilamente, diciéndole:

— Dame lumbre.

Se detuvieron un instante frente á frente, acercando sus rostros.

— Mira, — continuó el padre volviendo á cogerse del brazo de su hijo, — serás un imbécil si no me haces caso... ¿Me llevarás mañana los cien mil francos?

— Ya sabes que no voy á tu casa, — respondió Máximo mordeándose los labios.

— ¡Bahl ¡Tonterías! Es preciso que eso termine de una vez.

Dieron algunos pasos en silencio, y Renata, sintiéndose desfallecer, sepultó la cabeza entre los almohadones del cupé para no ser vista, cuando un rumor creciente se sintió á lo largo del paseo. En las aceras deteníanse los paseantes y se volvían con la boca abierta, siguiendo con la vista algún objeto. Oyóse un ruido más vivo de ruedas; los carruajes se apartaron respetuosamente y aparecieron dos batidores vestidos de verde, con casquetes redondos. Corrían algo inclinados, al trote de sus grandes caballos bayos, dejando atrás sí un espacio, en el cual apareció el Emperador.

Iba en el fondo de un landó y vestía de negro, con la levita abrochada hasta la barba, con som-

brero de copa alta, ligeramente inclinado y cuya seda relucía.

Renata encontró al Emperador envejecido. Su boca se entreabría perezosamente bajo sus grandes bigotes retorcidos con cosmético; sus párpados caían hasta el extremo de cubrir casi los apagados ojos, cuyo gris amarillo se nublaba más cada día; solo la nariz conservaba siempre su perfil seco, destacándose sobre el vago semblante.

Mientras las damas de los coches sonreían discretamente, los que iban á pie se colocaban á la vista del Príncipe. Algunas manos se levantaban para saludar, pero Saccard que se había descubierto antes de que los batidores pasasen, esperó que el coche imperial se encontrara frente á él, y gritó con su acento provenzal:

— ¡Viva el Emperador!

Este sorprendido, se volvió, reconoció sin duda al entusiasta y devolvió el saludo sonriendo. Después, todo desapareció en el sol; la fila de coches se volvió á cerrar y Renata no vió por encima de las crines, entre las espaldas de los lacayos, más que los casquetes verdes de los batidores.

Quedó un momento con los ojos completamente abiertos, llenos de aquella aparición que la recordaban otro momento de su vida. Le parecía que el Emperador, al mezclarse con la fila de carruajes,

acababa de lanzar el último rayo necesario para dar significación á aquel triunfal desfile.

En aquel momento parecía una gloria; todas aquellas ruedas, todos aquellos hombres condecorados, todas aquellas mujeres tendidas lánguidamente, desaparecían envueltas en los resplandores y el ruido del landó imperial.

Aquella sensación se hizo tan aguda y dolorosa, que la joven experimentó la imperiosa necesidad de huir de aquel triunfo, de aquel grito de Saccard que todavía resonaba en sus oídos, de aquel espectáculo del padre y del hijo, con los brazos enlazados, charlando y paseando. Con las manos sobre el pecho, como abrasada por un fuego interior, sintió vaga esperanza de alivio y de saludable locura, cuando inclinándose hacia el cochero, dijo:

—¡Al hotel Berand!

El patio conservaba su frialdad de claustro. Renata dió vuelta á las arcadas, feliz al sentir la humedad sobre sus hombros, y se aproximó á la pila verde por el musgo y desgastada por el roce; contempló la cabeza de león, medio borrada y con la boca abierta, que dejaba escapar un hilillo de agua por el tubo de hierro. ¡Cuántas veces ella y Cristina habían cogido aquella cabeza entre sus infantiles brazos para llegar hasta el caño de

agua, cuyo chorro hilado tanto la gustaba recibir sobre sus manitas.

Después subió la grande y silenciosa escalera y encontró á su padre en el fondo de la tendida hilera de extensas habitaciones. La figura del anciano se destacaba y se perdía lentamente en la obscuridad de la antigua morada, en aquella última soledad en la que se había encerrado por completo desde la muerte de su hermana.

Entonces pensó Renata en los personajes del Bosque, en aquel otro anciano, en el barón de Gourand, que paseaba su cuerpo al sol, recostado sobre almohadones. Subió más todavía; tomó los corredores, las escaleras interiores y se dirigió al cuarto de las niñas. Cuando se encontró arriba, vió la llave en el clavo acostumbrado, una llave grande, enmohecida, en que las arañas habían tejido su tela. La cerradura lanzó un quejido. ¡Qué triste estaba el cuarto de las niñas! Al encontrarle tan vacío, tan sombrío y mudo, sintió Renata que el corazón se le oprimía.

Cerró la puerta de la pajarera, que estaba abierta, pensando que por aquella puerta habían huído los goces de su infancia. Detúvose ante las jardineras y rompió con sus dedos un tallo seco de rhododendión; aquel esqueleto de planta, flaco y lleno de polvo, era todo lo que quedaba de sus vivientes canastillas de flores. Y el mismo felpudo,

desteñido, roído por los ratones, se extendía con la melanco ía del sudario, que espera durante muchos años la prometida muerte. En un rincón, en medio de aquella desesperación muda, de aquel abandono cuyo silencio lloraba, encontró una de sus antiguas muñecas; destruido el resorte, todo el sonido que antes al oprimirla producía, se había salido por un agujero, y la cabeza de porcelana continuaba sonriendo con sus labios de esmalte, sobre aquel cuerpo blando que locuras de muñeca parecían haber aniquilado.

Renata se ahogaba en medio de aquel ambiente desvanecido de sus primeros años. Abrió la ventana y contempló el inmenso paisaje. En él nada había sucio. Encontraba los eternos goces, la eterna juventud del aire libre. A sus espaldas se ponía el sol; no veía más que sus rayos al retirarse, do- rando con infinita dulzura aquel extremo de ciudad que tan bien conocía.

Parecía aquello la postrera canción del día, alegre centinela que se iba durmiendo lentamente sobre todas las cosas.

Abajo, la estacada tenía reflejos de pálidas llamaradas mientras que el puente de Constantina destacaba el negro encaje de sus férreas cuerdas sobre la blancura de sus pilares.

A la derecha, las sombras del Mercado de vinos y del Jardín de plantas formaban un mar eterno

de aguas estancadas y cenagosas, cuya verdosa superficie se perdía entre las brumas del cielo. A la izquierda el muelle de Enrique IV y el de la Rapie enfilaban á un tiempo sus hileras de casas, aquellas, casas que veinte años, habían visto allí las niñas en las mismas manchas oscuras de los sotechados y las mismas rojizas chimeneas de las fábricas. Y por encima de las fábricas el techo de pizarra de la Salpetriere, azulado por el adiós del sol, se la presentó de repente como un antiguo amigo.

Perolo que la tranquilizó, lo que dió frescura á su pecho fueron las largas y grises vergas: fué, sobre todo, el Sena, el gigante que veía acercarse desde el extremo del horizonte, derecho hacia ella, como en aquellos tiempos en que temía verle crecer y subir hasta la ventana.

Se acordaba de sus ternuras con el río, de su amor hacia la colosal corriente, de aquella sensación que experimentaba ante la mugiente agua, extendiéndose como una sábana á sus pies, abriéndose alrededor y detrás de ella en dos brazos que ya no veía y de los cuales sentía, no obstante, las puras caricias.

Ya entonces, ella y su hermana eran coquetas, y decían en los días de claro cielo, que el Sena se había puesto su hermoso vestido de seda verde salpicado de llamas blancas, y que las corrientes



en que el agua se agitaba daban al vestido reflejos de raso, mientras que á lo lejos, más allá de la cintura de los puentes, placas de luz la prestaban paños de tela color azul.

Renata, alzando la vista, contempló el espacioso cielo que se abría ante ella, de color azul pálido, obscurecido poco á poco en el desvanecido crepúsculo. Pensó en la ciudad cómplice, en el resplandecimiento de las modas del bulevar, en las ardientes tardes del Bosque, en los días pálidos y crudos de los nuevos y grandes hoteles.

Después, cuando bajó la cabeza y volvió á presentársele el pacífico horizonte de su infancia, aquel rincón de ciudad obrera y burguesa, donde ella soñaba una vida de paz, apareció en sus labios una última amargura. Con las manos juntas sollozó á la caída de la tarde.

Al siguiente invierno falleció Renata de una meningitis aguda, teniendo que ser su padre quien pagó la cuenta de Worms que ya ascendía á doscientos cincuenta y siete mil francos.

## FELICIDAD

---

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
1920. 1625 MONTERREY, MEXICO